

Lorenzo Boturini y la comprensión de lo americano. Notas para un estudio¹

Iván ESCAMILLA GONZÁLEZ

Febrero de 1736. En lo que parecía un inminente y trágico final para su viaje, el caballero milanés Lorenzo Boturini Benaduci observaba atemorizado cómo el Santa Rosa, buque de guerra en el que había cruzado el Atlántico desde Cádiz, golpeado por los nortes a causa de una imprudente maniobra del piloto, se hundía a la vista de la fortaleza de San Juan de Ulúa. Además de rescatar a los tripulantes y pasajeros, poco podían hacer por el navío las demás embarcaciones que junto con el Santa Rosa arribaban en ese momento a Veracruz formando la flota, el convoy que cada año traía cientos de toneladas de mercancías europeas a vender en la Nueva España.

En medio del caos del naufragio, Boturini recordó que uno de sus compañeros de viaje le había hablado elogiosamente de la taumaturga imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México y de muchas historias de navegantes que se habían librado de perecer en el mar tras invocar su nombre. El caballero italiano, que era hombre de sincera piedad religiosa, se encomendó a la advocación celestial, y para salvar la vida trepó junto con los demás pasajeros a las chalupas del barco. Boturini consiguió llegar entero a tierra, y con lo que pudo rescatar de su equipaje emprendió el viaje a la ciudad de México, a la que le conducían ciertos encargos de negocios que le hicieron en Madrid. Como atribuyó el haber conservado la vida a la oportuna intercesión de la Virgen mexicana, fue agradecido a visitarla en su templo extramuros de la capital del virreinato, y al igual que tantos otros antes y después que él quedó de inmediato prendado de su imagen. No le impresionó menos ver convertido aquel santuario en uno de los más célebres y concurridos de todo el territorio novohispano, y a la propia Virgen en el objeto de la general veneración de criollos, españoles, indios y castas, representando por ello el mayor lazo de unión en una sociedad hondamente dividida por los privilegios de unos pocos y por los prejuicios raciales. Cuando vio cómo la imagen de Guadalupe era invocada en todo el reino como protectora y patrona en contra de la severa epidemia de *matlazábuatl*, que por el mismo tiempo golpeó a la Nueva España, su interés por esa advocación no hizo más que crecer.

¹ La bibliografía sobre Lorenzo Boturini es amplia, pero los trabajos más importantes por su originalidad y aportes son, sin duda, los de José Torre Revello, aparecidos en el siglo XX: "Documentos relativos a D. Lorenzo Boturini Benaduci. Biografía", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, 1ª. serie, t. VII, núm. 1, 1936 [1932], pp. 5-45; Jesús García Gutiérrez, *Apuntamientos para una bibliografía crítica de historiadores guadalupanos*. Zacatecas, s.e., 1939, pp. 67-98; Miguel León-Portilla, "Estudio preliminar", en Lorenzo Boturini, *Idea de una nueva historia de la América septentrional*. México, Porrúa, 1974, pp. IX-LXXII, y Álvaro Matute, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976.

Como a hombre de cultura, su curiosidad le hizo inquirir entre personas ilustradas acerca del origen de aquel culto, y quedó sorprendido cuando se le respondió que nadie lo conocía a ciencia cierta, al faltar del todo documentos escritos que informasen de ello. Todo lo que se sabía era que durante generaciones había pasado de padres a hijos una sencilla tradición, que narra cómo por el año de 1531 la Virgen se había aparecido en el cerro del Tepeyac a un humilde converso indígena para solicitarle en ese sitio la construcción de un templo, y que en prenda de la verdad de su encomienda el indio había entregado al primer obispo de México una pintura de factura celestial con la efigie de la propia Madre de Dios, la misma que desde entonces se veneraba en el santuario.

Inquiriendo entonces acerca de la falta de pruebas históricas a Boturini se le explicó que desde que en 1648, año en que el padre Miguel Sánchez dió a la imprenta el primer libro en que se refería pormenorizadamente a dicha tradición,² muchos eruditos habían revuelto de manera infructuosa los archivos civiles y eclesiásticos de la ciudad de México en busca de las pruebas del milagro, por lo que no habían faltado nunca espíritus críticos que dudasen de la veracidad de la tradición y del origen sobrenatural de la propia pintura guadalupana.

Insatisfecho con la explicación, don Lorenzo todavía preguntó si era posible que existiera algún otro lugar donde aún no se hubiera ido a buscar tales documentos. Fue entonces que se le dijo que los indios de estas tierras, antes y aún tiempo después de la Conquista, acostumbraban utilizar figuras y caracteres simbólicos para escribir los fastos más importantes de su historia. Por testimonio oral de los propios naturales se sabía, o se suponía, que habían registrado en sus anales el milagro del Tepeyac; empero, recelosos de los extraños, o tal vez ya perdido el saber de sus mayores, y por ende la comprensión de su significado, los habrían ocultado o incluso destruido, desanimando con ello cualquier posible indagación por parte de españoles y criollos. Y de cualquier modo, decían la mayoría de éstos, ¿a quién le importaba lo que pudieran decir los indios, ni quién iba a tomarse el trabajo de ir hasta sus pueblos a preguntárselos?³

Impresionado por estas noticias, Lorenzo Boturini no tardó en formarse el propósito de aprovechar su estancia en estas tierras para escribir una historia de las apariciones guadalupanas que extendiese su devoción entre todas las naciones del orbe católico. Y si las pruebas innegables (que de una vez y para siempre desvanecerían todas las dudas que pudiesen existir acerca de la autenticidad del milagro) se hallaban entre los indios, escritas en sus antiguas lenguas y caracteres, resguardadas en sus barrios y pueblos, Boturini iría allí en su búsqueda.

¿Quién era este *extranjero*, que, “no habiendo nacido en Indias, ni en España, destituido del idioma y voz viva de los indios”, según acusaban sus críticos, dedicó sus recursos y energías a convertirse en “Historiador de Nuestra Señora de Guadalupe”, título con que durante su estancia en México firmó decenas de memoriales y cartas? Poco se sabe de antes de su venida a este continente de la vida de Lorenzo Boturini (ca. 1698-1755), quien decía descender de ilustres estirpes, pero se daba a conocer mejor por sus “suavísimas costumbres, modestia y humildad”,⁴ carta de

² Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe*. México, Imprenta de la viuda de Bernardo Calderón, 1648.

³ Poole Stafford, *Our Lady of Guadalupe. The Origins and Sources of a Mexican National Symbol, 1531-1797*. Tucson, The University of Arizona Press, 1997. Aquí el autor ofrece un sugerente estudio sobre la controversia entre escépticos y defensores de la tradición en la Nueva España desde el mismo siglo xvii.

⁴ Archivo General de Indias, sección Audiencia de México, leg. 398, Andrés Marcos Burriel a Jorge Juan, Jesús del Monte, 26 de septiembre, 1748.

presentación de una personalidad emprendedora y de enorme empuje, con una facilidad innata para el trato social que le permitía entusiasmar a gente de todas clases en los ambiciosos proyectos que su ingenio producía con fácil fecundidad. Fueron justamente estos rasgos de su carácter los que le permitieron superar unos orígenes oscuros y provincianos para desde 1725 emplearse sucesivamente en distintas cortes de Europa, a cuyo servicio desplegó sus talentos personales y sus conocimientos sobre política, derecho, historia y comercio.

No resultan enteramente claros los motivos que eventualmente hicieron que cruzara el mar, pues el propio Boturini llegó en distintas ocasiones a contradecirse al respecto; pero una vez en la Nueva España todos sus intereses parecen haberse subordinado al propósito del engrandecimiento de la devoción de Guadalupe, y al mismo tiempo, al de instruirse en la historia de los pueblos que desde antes de la conquista empleaban imágenes como instrumento de la memoria y la comunicación. El curso que su vida, su pensamiento y obra tomarían desde entonces le permitieron ganar admiración al mismo tiempo que antipatías entre sus contemporáneos, y lo llevaron a bosquejar un fascinante ensayo de acercamiento entre el Occidente europeo y el mundo indígena, que en plena Ilustración contribuyó a un cambio, hoy justamente apreciado, en la comprensión de la historia y la cultura de los pueblos de América.

La postura y método adoptados por Boturini en su acercamiento a la historia guadalupana es ejemplo notable de lo anterior. Pese a que la leyenda de las apariciones parece haberse originado en la tradición oral de los pueblos de indios del norte de la cuenca de México, desde mediados del siglo xvii la consolidación del culto había sido producto de un esfuerzo continuado de selectos círculos criollos, incrustados en la burocracia y la intelectualidad eclesiásticas. Apoyados por instancias corporativas como el cabildo catedralicio de México o la Compañía de Jesús, y siguiendo las huellas de Miguel Sánchez, otros escritores novohispanos — a los que Francisco de la Maza llamó atinadamente *evangelistas* guadalupanos— habían dado a la luz en los años siguientes el *Nican mopobua*, relato *canónico* en náhuatl del milagro,⁵ primer intento de interpretación de las supuestas evidencias históricas e incluso científicas del mismo en la obra de Luis Becerra Tanco,⁶ y la primera gran síntesis de la historia del culto y del propio santuario producida por el prolífico hagiógrafo jesuita Francisco de Florencia.⁷ A otros ingenios criollos se debieron igualmente entre 1650 y 1669 el primer trabajo poético de altos vuelos,⁸ el primer ciclo pictórico⁹ y el primer sermón¹⁰ de cientos que se dedicarían a la imagen de Guadalupe.

⁵ Se sigue discutiendo el origen y la autoría de los textos del libro que contiene el *Nican mopobua*, el *Huey tlama-buizoltica*. México, Imprenta de Juan Ruiz, 1649, aparecido bajo el nombre del capellán del santuario, Luis Lasso de la Vega.

⁶ Luis Becerra Tanco preparó dos versiones de su obra: *Origen milagroso del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe*. México, Imprenta de la viuda de Bernardo Calderón, 1666; y *Felicidad de México*. México, Imprenta de la viuda de Bernardo Calderón, 1675.

⁷ Francisco de Florencia, *La estrella del norte de México*. México, Imprenta de María de Benavides, 1688.

⁸ José López de Avilés, *Poeticum viridarium*. México, Imprenta de la viuda de Bernardo Calderón, 1669.

⁹ Las pinturas que representan las cuatro apariciones, perdidas, por desgracia, fueron probablemente hechas por José Juárez en 1650 para la capilla o chapitel del Pocito al pie del Tepeyac.

¹⁰ José Vidal de Figueroa, *Teórica de la prodigiosa imagen de la Virgen Santa María de Guadalupe de México*. México, Imprenta de Juan Ruiz, 1661.

Frente a semejante floración de talento americano que hizo de la Guadalupeana el estandarte más original del orgullo *patrio* de los criollos novohispanos, es comprensible que el autonombamiento de Boturini como el historiador destinado a fundar por siempre la veracidad del milagro fuera visto como poco menos que un insulto, algo que no hizo sino aumentar cuando el milanés tuvo la imprudente —y fallida— idea de iniciar una colecta de joyas y dinero en todo el reino para coronar la imagen de Guadalupe en una suntuosa ceremonia. Pero aún más que el sentimiento localista, lo que resultaba herido con los esfuerzos de don Lorenzo era una bien consolidada tradición historiográfica, caracterizada entre otras cosas por el desdén clasista con que los literatos criollos veían a los indios *vivos*, aquellos con los que convivían todos los días en la calle y en la plaza, y a los que catalogaban dentro de la masa informe e ignorante de la *plebe*. Hablando de la interpretación de los códices pictográficos sobrevivientes como fuentes históricas, Becerra Tanco, y tras él muchos, despreciaban el testimonio de los indios aduciendo el “haber faltado las personas de posición que había entre ellos”;¹¹ es decir, la desaparición de los antiguos linajes nobiliarios prehispánicos.

Debió entonces resultar desconcertante, para quienes así pensaban, el que Lorenzo Boturini principiara sus pesquisas precisamente entre los indígenas, y más aún el que sus andanzas entre los pueblos del centro de la Nueva España le hubieran puesto en posesión de una de las mayores y más importantes colecciones de documentos acerca de la historia prehispánica y colonial de México que hasta entonces, y aún después, hubieran sido reunidas. Cuando en 1743 Boturini fue arrestado y sus bienes y papeles confiscados debido a una acusación por parte de las autoridades coloniales que lo acusaron de haber viajado a las Indias sin autorización, su acervo incluía más de trescientas piezas manuscritas e impresas, entre los que había códices, pinturas, crónicas, anales, mapas, expedientes judiciales de tierras y de tributos, cartas, testamentos, vocabularios y catecismos en lenguas indígenas, entre otros.¹²

Como prueba de que su hipótesis original planteaba lo correcto, entre los hallazgos que el italiano podía exhibir se encontraba un testamento que según su interpretación probaba la existencia histórica del vidente Juan Diego, amén de otros documentos que testificaban la importancia del culto guadalupano desde el siglo XVI, en tiempos muy cercanos a la época en que la tradición ubicaba las apariciones.¹³ Tales logros, junto con el mérito del resto de su enorme colección, ganaron a Boturini el reconocimiento y el apoyo de muchos intelectuales novohispanos, aunque también provocaron envidias y cuestionamientos al derecho que asistía al *extranjero*, para poner en tela de juicio la autoridad de los principales historiadores guadalupanos, o para rescatar los mismos papeles que, salvo casos excepcionales, como el de Carlos de Sigüenza y Góngora, la desdeñosa negligencia criolla no había sabido o no había querido rescatar. No es imposible que esta animadversión haya influido en su desgracia y precipitado, como se mencionó antes, su prisión y su posterior y forzada remisión de vuelta a España por órdenes del virrey, conde de Fuenclara. Boturini

¹¹ Luis Becerra Tanco, *Felicidad de México*, f. 19r.

¹² El número y tipo de piezas que formaban la colección de Boturini ha sido objeto de polémica en más de una ocasión. Personalmente me atengo a un conteo aproximado (dada la imprecisión de la fuente) del inventario de los papeles que por orden de las autoridades coloniales se llevó a cabo en 1745: “Inventario de los documentos recogidos a don Lorenzo Boturini por orden del gobierno virreinal”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. III, época 4ª, núm. 1. México, 1925, pp. 1-55.

fue separado de su colección, que quedó, a partir de su expulsión, almacenada en un armario en el palacio virreinal.

La búsqueda y conformación de su gran archivo o Museo Histórico Indiano, como él mismo le llamó, fueron también decisivas en el otro gran aporte de Lorenzo Boturini al conocimiento de la historia del Nuevo Mundo. Durante el siglo xvi los cronistas españoles que conocieron de cerca los últimos destellos de las culturas prehispánicas se habían referido, con aprobación casi unánime, a los sistemas de escritura o registro documental desarrollados en Mesoamérica y los Andes, y se habían servido en muchos casos del conocimiento preservado en antiguos códices y quipus para escribir sus propias obras. Sin embargo, el testimonio de estos autores fue desechado durante el siglo xvii, y sobre todo en el xviii, cuando los intelectuales europeos interesados en el estudio comparativo entre la propia cultura occidental y las de otros pueblos antiguos y contemporáneos comenzaron a clasificar a las civilizaciones de acuerdo con el desarrollo de sus sistemas de escritura. Como lo ha estudiado Jorge Cañizares-Esguerra,¹⁴ los escritores de la Ilustración despreciaron las antiguas pictografías americanas al considerarlas, lo mismo que a los jeroglíficos egipcios, distintivo de una sociedad más cercana al estado mental de la barbarie que al civilizado, y a los indios mexicanos y peruanos como incapaces de la verdadera memoria histórica. Para autores tan representativos como William Robertson, en su *The History of America* (1777), los códices indígenas no serían, en el mejor de los casos, más que compendios de supersticiones y de leyendas absurdas e irracionales, inútiles para cualquiera que deseara escribir sobre esos pueblos de manera imparcial y objetiva, según era el ideal historiográfico del siglo xviii.

Frente a esta absoluta incomprensión que convertía automáticamente, como por decreto, a los indígenas en pueblos sin historia, Lorenzo Boturini ofreció uno de los más originales acercamientos que hasta entonces se hubieran propuesto entre el examen intelectual de Occidente y las culturas originarias de América. Desde el inicio de sus recorridos por los pueblos de indios debió quedar tan sorprendido como sus propios críticos por la profusa documentación que aún se conservaba celosamente tanto en poder de los viejos de las comunidades indias y sus cabildos, o en los archivos de conventos y parroquias, como en manos particulares de indígenas y mestizos que los consideraban patrimonio heredado de generación en generación.

La naturaleza y cantidad de la información contenida en los papeles que consiguió en originales o copias debió en principio abrumar al erudito, quien se vio bien pronto forzado a posponer su propósito inicial de redactar una historia guadalupana si no contaba primero con un conocimiento profundo de los antiguos sistemas de escritura y de medición del tiempo empleados en los papeles que iban cayendo poco a poco en sus manos, y que se abocó enseguida a adquirir.

Aunque al igual que los historiadores criollos Boturini consideraba que los indios de su tiempo habían perdido en el transcurso de los siglos muchos de esos antiguos conocimientos, no resulta arriesgado suponer que la existencia de esos papeles le haya llevado, tarde o temprano, a

¹³ El original del testamento de 1559 de Juana Martín o Gregoria María, una supuesta parienta de Juan Diego, ha desaparecido y solo se conservan copias hechas a partir de la que Boturini realizó en el siglo xviii. Los otros documentos del siglo xvi eran fundamentalmente legados testamentarios, ninguno anterior a 1556, como el de Esteban Tomelín de 1572.

¹⁴ Cf. Jorge Cañizares-Esguerra, *How to write the History of the New World. Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*. Stanford, Stanford University Press, 2001, cap. 2.

ponderar la pertinencia, como ruta interpretativa, de la filosofía expuesta en cierta lectura que había hecho varios años atrás, antes de su viaje a las Indias. No daría de inmediato forma a estas reflexiones, tal vez debido a su prisión, pero el que el esquema existía ya en su mente se prueba por el hecho de que tan pronto como tuvo oportunidad para plasmarlo puso manos a la obra.

De vuelta en España, y acercado desde 1744 en Madrid, Lorenzo Boturini consiguió limpiar su nombre de los delitos que se le habían imputado en México, y obtuvo el patrocinio de la Corona para llevar a cabo, con el nombramiento de cronista de Indias, un innovador trabajo historiográfico en el que vertería los resultados de sus investigaciones y hallazgos.

En 1746 Boturini publicó su *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*,¹⁵ ensayo dividido en dos grandes secciones. La primera era el prospecto de la enorme obra que planeaba escribir sobre la historia, religión, lengua, costumbres y calendario de los indios de la Nueva España en tiempos de su gentilidad, una vez que consiguiese se le regresara su Museo Histórico. En cuanto al método que pretendía seguir en la interpretación y análisis de las crónicas, cantares y mitos de los indios, Boturini sorprendió a sus contemporáneos al proponer a un juriconsulto de Nápoles, Giambattista Vico, quien para el estudio de la cultura grecolatina en sucesivas ediciones de sus *Principi di scienza nuova d'intorno alla comune natura delle nazioni* había desarrollado uno de los más originales ensayos sobre la historia de la cultura jamás escritos, obra que llegó a ser una de las más influyentes en el pensamiento moderno, a pesar de haber sido publicada con cierto retraso.¹⁶

El propósito original de Vico en su libro había sido contrarrestar el ascendiente que, desde la revolución galileana del siglo xvii, tuvo el paradigma explicativo de las ciencias naturales en detrimento del humanismo y la religión tradicionales.¹⁷ En el proceso, casi sin saberlo, construyó un sistema cuyo potencial innovador sería comprendido por filósofos e historiadores a partir del siglo xix. Como lo ha sintetizado de manera magistral Álvaro Matute en su estudio sobre Vico y Boturini, lo que el napolitano proponía era, en respuesta al método de las ciencias físico-matemáticas, una *ciencia nueva* de lo humano, que hubiera de ocuparse exclusivamente de la cultura en tanto que reflejo en el hombre del plan de la Providencia, con lo que se preservaba su papel de guía trascendental de la historia de todas las naciones. Como “resultado de la acción de la mente humana”, las naciones comparten en su respectivo origen, desarrollo y decadencia una serie de elementos constitutivos: “la lengua, los mitos, la religión, el derecho natural de gentes, las formas de gobierno y las costumbres en general”.¹⁸ Vico encontró ese fondo común a partir de la filología, al considerar que el lenguaje es la expresión del libre albedrío humano y, por ende, de la particularidad de cada nación, de la que surgen las instituciones peculiares de la vida social. De allí partió para elaborar

¹⁵ Lorenzo Boturini Benaduci, *Idea de una nueva historia general de la América septentrional, fundada sobre material copioso de figuras, símbolos, caracteres y jeroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos*. Madrid, Imprenta de Juan de Zúñiga, 1746.

¹⁶ La primera edición de la *Scienza nuova* es de 1725, y las posteriores, con cambios y adiciones por el propio autor, son de 1730 y 1744. Aparentemente Boturini solo conoció directamente las dos primeras.

¹⁷ Cf. a este respecto el interesante estudio de Mark Lilla, *G. B. Vico. The Making of an Anti-Modern*. Cambridge, Harvard University Press, 1994.

¹⁸ Á. Matute, *op. cit.*, p. 49.

su conocida división de la historia y el pensamiento clásicos en tres edades: la de los dioses, la de los héroes y la de los hombres.

Boturini, profundo lector de Vico, dedicó la primera sección de la *Idea...* a establecer una interesante analogía entre la cosmogonía y la mitología clásicas, y las de los antiguos nahuas. En ella, a la par que la erudición que había alcanzado en el conocimiento del mundo prehispánico, es posible percibir su vasta cultura literaria y jurídica, intereses que sin duda lo llevaron, en primer lugar, a la obra de Vico. Dado que Boturini, en palabras de Álvaro Matute, buscaba demostrar “la posibilidad de conocer la historia indiana a través de sus documentos”, complemento necesario de su ensayo es la segunda sección, en la que ofrece un catálogo notoriamente incompleto e inexacto, ya que en parte escribía de memoria, recordando las piezas documentales que contenía su Museo Histórico Indiano, ordenado por materias y comentado.

Más allá del interés documental que tiene para darnos a conocer la clasificación original del Museo y el valor que atribuía el coleccionista a cada una de sus piezas, el catálogo de 1746 refleja la convicción del sabio italiano en el sentido de que lejos de las ideas europeas al respecto, los pueblos americanos gozaron del conocimiento histórico y del cómputo del tiempo. Más aún: señaló que el uso de la escritura pictográfica no fue obstáculo para que su cultura literaria fuera rica y vasta, como lo probaban los cantares de antiguos poetas nahuas. Dando un paso adelante, su trabajo sobre una *nación* o cultura no europea sustentó la validez y la universalidad del pensamiento de Vico respecto a que las ciencias de lo humano no debían ser ajenas a ninguna de las manifestaciones o testimonios del espíritu, ya que revestían el mismo valor para el historiador que el conocimiento de las instituciones del derecho de una civilización, y la interpretación de sus creencias vertidas en mitos, o en su producción simbólica y literaria. Por si fuera poco, en su convicción quedaba bien fundada la existencia y validez de los testimonios de los propios indígenas acerca de su primer desvelo, el milagro de las apariciones guadalupanas, como bien lo da a entender su retrato grabado por el burilista fray Matías de Irala, colocado al frente de la primera edición de su *Idea...* En él, la imagen del Tepeyac, puesta en las manos de don Lorenzo, parece surgir tanto de su pluma como de la rueda calendárica de los nahuas.

El impacto de lo que alcanzó a publicar fue importante en su propio tiempo, aunque, como ocurre con frecuencia con las obras pioneras, su valor fue diluyéndose en los decenios posteriores, después de haber cumplido con su objeto de echar a andar el debate acerca de la mejor forma y de los medios disponibles para escribir la historia de los pueblos de América. En la propia Nueva España, después del rechazo original de los sectores más tradicionalistas, el valor de las investigaciones de Boturini fue apreciado a partir de la revelación impresionante que había supuesto el Museo Histórico Indiano. En los *Anteloquia* de la gran suma enciclopédica y defensa de la cultura novohispana que es la *Bibliotheca mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren (1755), quien trató personalmente a Boturini y conoció su colección, se reconocía sin ambages la importancia de su trabajo como demostración irrefutable de la antigüedad e importancia de la cultura literaria en el continente americano, que podía remontarse positivamente a los tiempos de la gentilidad.¹⁹ En la siguiente generación, un brillante grupo de estudiosos criollos que no comulgaban con las

¹⁹ Cf. Juan José de Eguiara y Eguren, *Prólogos a la Bibliotheca Mexicana*. Trad. y estudio introductorio de Agustín Millares Carlo. México, FCE, 1984, pp. 67, 81.

posturas metodológicas de Boturini, abandonó los argumentos de autoridad característicos de la historiografía barroca en favor del examen crítico de las fuentes sobrevivientes de la historia de Nueva España antes y después de su conquista, incluyendo las del prodigio guadalupano. En este sentido, las obras históricas y arqueológicas de Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, Francisco Javier Clavijero, Antonio de León y Gama, José Antonio de Alzate, José Ignacio Bartolache, José Patricio Fernández de Uribe, Ignacio Carrillo y Pérez, y aún las elucidaciones de Ignacio Borunda y del padre Servando Teresa de Mier, son muestra de la honda impronta de los afanes boturinianos en la Ilustración novohispana, y en la conformación de un discurso ideológico que posteriormente convertiría a la *patria grande* de los criollos en la nación mexicana independiente.²⁰

El mismo Boturini fue, en la historiografía decimonónica mexicana, una especie de mártir del nacionalismo, víctima del despotismo colonial debido a su afán de recuperar las fuentes del pasado prehispánico.

Fuera de México, en la metrópoli, tras una recepción favorable por parte de figuras señeras de la Ilustración española, como Gregorio Mayáns y Siscar, la obra de Boturini fue objeto de duras críticas que muy pronto la condenaron al olvido. No ocurrió lo mismo con su Museo Histórico. En momentos en que la monarquía borbónica de España se embarcaba en un ambicioso programa de reformas en sus dominios americanos con el fin de competir con éxito contra las demás potencias europeas, el conocimiento de la historia del Nuevo Mundo se volvió una prioridad estratégica para los administradores imperiales, y el control de sus fuentes fue el medio eficaz para escribirla de la manera más *conveniente*. La colección de Boturini, llevada desde su original depósito en la Secretaría de los Virreyes a la biblioteca de la Universidad de México, y tras la Independencia al Museo Nacional, comenzó a desaparecer a fuerza de los traslados, de los préstamos y de los saqueos bien o mal intencionados de quienes buscaban copias o los mismos originales de sus documentos. A diferencia de la *Idea...*, el Museo Histórico alcanzó una estatura casi legendaria, que contribuyó a que durante el siglo XIX coleccionistas mexicanos y extranjeros terminaran de dispersar los restos del archivo de Boturini, hoy esparcidos por una multitud de bibliotecas de Europa y América, cuando no perdidos para siempre.²¹



Pese a las iniciales simpatías y el interés despertados por su *Idea...* de 1746, la desafortunada participación de Boturini en la lucha de facciones políticas en la corte de Madrid obstaculizó muy pronto su propósito de dar a la luz una gran historia de la América septentrional sobre la base metodológica de la *scienza nuova* de Vico. Bloqueado en todos sus esfuerzos por poderosos enemigos, don Lorenzo murió en 1755 dejando inconclusa e inédita su obra sobre el mundo indígena,²²

²⁰ Cf. Iván Escamilla González, "Máquinas troyanas": el guadalupanismo y la Ilustración novohispana", en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXI, núm. 82. México, 2000.

²¹ A John B. Glass se deben los mejores trabajos hasta hoy sobre la dispersión de la colección Boturini. Cf. su *The Boturini Collection and the Council of the Indies, 1700-1800*. Massachusetts, Conemex Associates, 1976.

²² Dejó escrita solo la primera parte, dedicada a dilucidar el funcionamiento del calendario prehispánico. Permaneció inédita hasta 1949, y ha visto posteriores reimpressiones: *Historia general de la América septentrional*. Edición, estudio, notas y apéndices de Manuel Ballesteros Gaibrois. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990.

y sin haber visto nunca más uno solo de los papeles que con gran esfuerzo reunió en México, entre los que quedaron también los esbozos que llegó a redactar de su historia de las apariciones guadalupanas.²³ Pese a ello, el siglo que recién ha terminado vio la afortunada recuperación académica de la vida y obra del caballero italiano. Tanto su lectura y aplicación de la filosofía de la historia de Vico, como su apreciación del pasado prehispánico y su dedicación al coleccionismo de fuentes históricas, han sido reconocidos por importantes historiadores, y algunos de sus más importantes trabajos han sido publicados nuevamente o por primera vez.

Se trata sin duda de la merecida recompensa a un afán de búsqueda que —valga decirlo ahora— fue provocado no solamente por la reflexión erudita y libresca, y a cuyos motivos quisiera aludir a manera de conclusión de estas páginas.

Aún está por rescatarse un aspecto de la vida de Boturini que, en mi opinión, fue determinante en la ruta revolucionaria de sus trabajos sobre las antiguas culturas de Mesoamérica: su acercamiento, abierto y solidario, a los pueblos indios de su tiempo. En 1753, reclamando justicia ante el primer ministro de España por las intrigas que le impedían seguir adelante con su trabajo como cronista de Indias, don Lorenzo creyó necesario desvanecer la que consideraba una gran calumnia: se decía que los grandes avances logrados por los indios en las ciencias astronómicas y del cómputo del tiempo, elogiados por Boturini en su *Idea...*, resultaban poco creíbles cotejados “con la estupidéz que se experimenta en ellos el día de hoy”.

Un indignado Boturini contestó a esta acusación refiriendo, en primer lugar, la *fineza* y hospitalidad con la que siempre fue recibido por los indígenas, y que era la misma que cualquier viajero podía esperar de parte de ellos. A esas atenciones había correspondido siempre de acuerdo con la mejor cortesanía, y pagando escrupulosamente por todos los antiguos papeles que le fueron ofrecidos por sus dueños originales. Y de inmediato pasaba a responder a quien les caracterizaba de incapaces intelectuales:

Pretende [el acusador] aún sin haber visto ni conocido a los indios que se experimenta en ellos el día de hoy el idiotismo y la estupidéz. Pero yo que he corrido sus tierras, y tratado con innumerables caciques y tributarios, tengo averiguado lo contrario; pues he visto que tienen a su cargo el gran cuidado de la agricultura, y que si llegasen a faltar (lo que Dios no quiera) quedarían yermas las opulentas haciendas de los españoles. Sé que son arquitectos, pintores y escultores; que ejercen todas las artes mecánicas, y no hay cosa de comestibles, huertas y frutas que no pasen por sus manos. Viven arreglados en sus pueblos, y tienen abiertas las puertas de sus casas, porque creen que ninguno los ha de robar. Se contentan con una parca comida de tortillas de maíz rociadas con pimientos, y todo lo que ganan con su industria lo emplean gustosos en la fábrica de sus iglesias y en el culto divino [...]²⁴

Frente a la ignorancia europea, y en contra del prejuicio criollo —heredado por el México actual—, que disfrazaba con la admiración por el pasado glorioso su desprecio por los indígenas

²³ Quien escribe lleva a cabo en estos momentos en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM un proyecto para la recuperación, traducción y edición de los fragmentos de historia guadalupana de Boturini.

²⁴ Archivo General de Indias, sección Audiencia de México, leg. 398, Lorenzo Boturini al marqués de la Ensenada, Santa María del Valle, 28 de abril, 1753.

del presente, Lorenzo Boturini opone en este fragmento el retrato de pueblos en cuyo carácter y costumbres reconoció las virtudes y sabiduría descritas en los viejos códices y cantares. Su mirada supo levantarse de los papeles para entender la realidad viva, y encontró las vías de un entendimiento y un diálogo con los indios que dejaron huella entre los que le trataron.²⁵ En el celo con que durante dos siglos se conservaron los testimonios documentales del saber antiguo, el caballero sin duda debió percibir una muestra de la continuidad histórica y providencial que Vico halló en el desarrollo común de las naciones.

La forma en que Boturini desarrolló esta idea, el modo con que buscó las fuentes para sustentarla, y la defensa ante la más alta esfera de poder de los pueblos, cuya cultura conoció como pocos en su tiempo, nos ofrecen un ejemplo de cómo la conciencia viva del presente se halla en la base y el origen de toda producción histórica, en la relación entre el historiador, su obra y el tiempo en que le ha tocado vivir. Al mismo tiempo, nos brindan también una justa razón para continuar con el rescate de la obra de Lorenzo Boturini Benaduci.

²⁵ Cf. los importantes hallazgos sobre los ecos de la presencia de Boturini en Tlaxcala expuestos en el estudio de Jaime Cuadriello, *Las glorias de la República de Tlaxcala o la conciencia como imagen sublime*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas / Museo Nacional de Arte, 2004.